

Orfila
BARDESIO

**LA MANO
DESNUDA**

Barcelona, Enero 1996

EL POETA

Lejos de ocios y telares
un espejo ardiente
recibe caras que no ha pedido.
Con vuelo, no corona las cosas:
dentro del agua que lo recuerda
besa a todos los seres
en el caracol marino
correspondiente a su turno.

EL GUERRERO

Los violines levantan a sus ojos delicadas columnas.
-La orquesta construye siempre de nuevo el mundo-.
Los bailarines victoriosos en un salto vibrante
se vuelven más que hombres, fuego.
Los cuadros abren puertas con ritmo.
-Los retratos desembarcan personas-.
Las viñas se pierden en los cristales.
Los viajes dejan los países
y vienen a buscarlo, como hermanos.
Los castillos le ofrecen alfombras
donde callan secretos milenarios.
Las naves lo alejan de sí mismo.
El oro lo separa de su muerte.
Lo alcanzan mantos de una gran tormenta.
-Sin que sus llamas mueran
en las palpitaciones verdes
se interna en estos bosques encantados-.
Como el antílope por los olores reconoce
las alegrías que le pertenecen en la hierba,
encuentra reflejados los ecos de la luz
en donde cantan sus tobillos.
Porque
su rebaño de rostros
llegando siempre al día
dibuja solamente los mapas de la ausencia.
Porque
vive en un fuego incesante y extraño
que lo sostiene lejos de la muerte.
Porque,
en un viento que los muros no quiebran
su frente corre sin descanso,
su boca se consume de sed junto al agua,
y sus manos, guerra con trajes,
con ademanes, con sonrisa,
tocan abismos que las respuestas no calman.
Porque
bajo la Música, la Danza, los cuadros, los vinos,
los palacios, los viajes, las monedas,
arde sin nieve,
su cara inconsolable
no vencida por las ofrendas de la tierra.

LA MEMORIA

La historia no registra el pan crucificado,
el rey sin arcoiris, los niños, de colores,
quebrados por el crimen,
batallas de encinares
contra el acero enemigo,
las hormigas vencidas por el peso.
No registra la nave
que arrastra su deriva
en aguas extensas
sin encontrar el puerto
que los mapas aseguran,
no registra las águilas perdidas
en el humo sin luz,
la catedral secreta de los pobres
sólo de llanto adornada.
Porque la historia
es la memoria del Olvido.
En el silencio de la tierra los metales
se mueven al ritmo de un corazón
de llamas no escuchadas:
cuando desprende una hoja sonora
en las semillas empiezan cipreses,
el musgo guarda sus números
con igual cuidado que la profundidad
a los abismos.
-Bajo las risas,
los siglos, las burlas-.
Cuando caen sus heridas,
el mar escribe libros en el mundo.
Cuando su voz levanta llamados
a los que responden desiertos,
todos los ciervos muerden hierba.
Cuando, para nadie, corren sus lágrimas
por las soledades,
la pesantez se arrepiente en los cuerpos,
se celebra una fiesta: el aire.
Cuando -como si nada hubiera pasado-,
sonríe a sus hermanos con luz de fruto,
resplandecen aves en el cielo.

LA ADOLESCENTE

A Concepción Silva Bélinzon

Desnuda, blanca, sola, como los huesos.
Un puñado de hormigas. Unas manchas de lluvia.
Una puerta. Unas brisas naciendo de sus madres.
-Sin libros, sin trajes, sin números,
entre la selva y sus paseos.
Abrazada en secreto por los árboles.
Amanecida por el asombro.
Recordada por pinos antiguos en los muebles.
Confundida con las noches.
Frecuentada por la sal-.
Con un brazo aleja las orillas que la separan del agua,
con el otro, invita ojos detenidos por el miedo en los umbrales,
a recibir las cartas de la sed.
Sube a estrellas ardientes por una escala de oro.
Mientras las brújulas, los mapas, los dibujos
esperan conducir el eco de sus flautas,
se olvida por la luz en las abejas finas.
Con el pecho encendido por un racimo de planetas,
-de los metales, al fuego,
de la respuesta, a la pregunta,
de la piedra, a las lágrimas, vuela
en un columpio que sostiene
un pez confiando brillos a delgadas alturas-.

EL EQUILIBRIO

Cada vez que el silencio
desciende su escalera de pausas
hacia raíces oscuras,
las palabras coronan
gloriosamente los tallos.

INTIMIDAD

Como en cipreses a llantos largos
no progresa la noche;
el blanco detiene un luto
de carruajes en la madrugada;
vacilan cirios como penumbras;
dudan alturas de cóndores en el olvido;
la pesantez no se arrepiente
ante luces sonoras de campanarios;
las cenizas impiden filos a los aullidos;
la lluvia desorienta las cartas
y sin embargo, el amor, de un corazón
retira sus hiedras,
una niña de oído fino,
de obediencia inclinada,
intenta demorar el amanecer en el bosque;
busca lo callado
para cubrir flores, agua de silencio,
hierba sin abejas verdes,
fuentes con rumores iguales
con que apagar ciervos y colores;
pero las cosas están respondiendo
a otras fechas, con hirviente trabajo fervoroso
como las estrellas, y no escuchan su seda.
-Sólo un grillo que esperaba,
pronuncia por un instante
en las soledades extensas
su compañía lejana
junto al corazón desconocido de sí mismo-.
Y la niña se duerme,
fatigada de andar en las alturas
horizontales de la tierra,
mientras un rebaño de latidos
cuida, como una torre,
que sus manos no salgan del sueño.

EL RIO

A Jorge Luis Borges

Ignora qué leopardos o qué olivos
colaboraron en su número de llamas.
En qué oscuras entrañas
se levantaron sus orígenes del musgo.
En qué fecha de álamo se movieron los labios
de su continuo nacimiento.
-Su nacimiento no ha cesado nunca-.
Es extraña a sus manos y a sus huesos,
extraña a las columnas de sus piernas.
-Entre ellas, reina amistad de compañeros,
su respetuoso amor las vuelve
cada vez más desconocidas-.
Extraña es la viajera que entró en su rostro lejano.
Conducida por guías al más seguro sitio
se ha perdido en un arpa de hojas.
Ignora a dónde van los coches de su entierro
y si realmente ha muerto.
Si los carruajes llevan sus ojos a la visión
o sólo el peso de desiertos,
bruscamente aumentados.
Desnuda, ni la delgada línea de un cabello
la separa de remotas estrellas.
-Su geografía gasta fronteras con golondrinas-.
Su vigilia es quemar alrededores.
Su trabajo es salir, es correr.
Su profesión es la de un río
que no quiere consuelo.
No hay tesoro que pueda detenerla.

EL CABALLO

Un caballo de mármol ardiente
con panales de espuma y con miedos de hierba
en la boca, las orejas atentas oyendo
vibraciones extrañas al hombre,
sus patas como el cuello de las fuentes.
Y mariposas en la sangre,
y mariposas en el belfo,
con una prisa en el hocico.
Y su cola se abre como una campana
en el aire y sus crines lloviendo
como blancos otoños.
Un caballo que olvida la tierra.

Un caballo que tiene una hoja del mar
en el cuerpo, una hiedra sensual
que hunde su serpiente en el oído
y el caballo se va revolcando,
ovillado, extendido, cayendo rocío
del olfato llameante, oh árbol animal,
se va, se va en un himno,
en la pradera del cristal,
se va oliendo la luz, la alegría,
levantando su nave gloriosa, salvaje,
solitario, sin puente, orgulloso,
y sus huellas se quedan llamándolo.

Ya no vuelve, no vuelve,
ya pasea en un viejo jardín olvidado,
en un bosque de fuentes,
entre ciervos de lluvia saltando,
donde pide su cuerpo el espejo,
donde busca la risa sus labios.
Ya la luna le muestra raros
mapas de sueño y se queda
sin muerte en un prado.

LA QUE PASEA

El aire la recibe cuando anda,
el cielo la posee, los árboles la besan,
la ama el mar.
Sus pies no pertenecen a su cuerpo,
sino al camino.
Sus piernas le obedecen
como columnas a la Música.
Sus pasos desprendidos del tobillo
no caen en el silencio
como sonidos huérfanos.
Cada uno es guardado en la tierra
como campanas en la memoria.
No se aleja, se acerca.
-Alejarse es volver a besar
en el aire que espera-.
Como las olas condenadas
a gastar un lugar
el Movimiento no la deja partir.

EL TOCAR

La Cabellera quema el filo
entre la piel y el cielo
con sus llamas:
las encinas no alumbran su follaje
en las florestas lejanas,
los leopardos no encantan
entre verdes cortinas,
las piedras no recuerdan historias
en milenarias intimidades,
el sol no estalla espigas en una tierra azul.

En la mano desnuda
es donde todo sucede.

LA MIRADA DE FUEGO

*Estamos ante una mujer que ha escrito, invariablemente, a través del ojo de la poesía entendida como símbolo del discurrir espiritual. No siempre quienes aventuran tal camino son reconocidos inmediatamente en esa fe, que los hace extraños y solitarios. Su obra, una de las más sólidas y menos difundidas de entre quienes componen la uruguaya "Generación del 45", puede calibrarse en su conjunto en la reciente **Antología poética** (Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1994). Sobre un libro escrito en trance místico, **La Luz del ojo en el follaje** (Montevideo, 1989), giró gran parte de un diálogo al que se agregan anécdotas de vida y reflexiones del arte poético, entre otras huellas de su personalidad.*

1. La justicia del Ciervo

Cuando tenía doce años, jugando con unos chiquilines, fui a saltar sobre un gran pozo y al llegar al otro lado me dije "yo tengo que escribir algo, pero no sé lo que es". Mi vocación empezó así. Cuando terminé este libro sentí que había saldado el salto de aquel oscuro pozo. Ahora, un silencio ensordecedor reina en torno de esa obra. Es la lectura de la Carta IV del Apocalipsis de San Juan al Ángel de las Iglesias de Tiatira; se refiere a la Iglesia en la era de las industrias y de la tecnología. Es una lectura en el oído de las grandes ciudades. Me llevó sangre escribirlo. Hubo un tiempo en que viví como una alucinada, estudiando diferentes versiones de la Biblia. El libro está dedicado al Papa Juan Pablo II que había sido herido y estaba internado en Castelgandolfo. El había preguntado "¿por qué a mí?" La causa es lo que el libro pone en evidencia: una herejía secreta instalada en la Iglesia misma. En el momento en que lo hirieron él estaba levantando a un niño en brazos haciendo el gesto de Jesús: "dejad que los niños vengan a mí". Le escribí una carta que empezaba diciendo: "Y vos, ¿dejáis que los niños vengan a él?", luego le demostraba que no. La luz del ojo al que refiere el título pertenece al ciervo, que es Cristo, como en San Juan: "como el ciervo huiste habiéndome herido". El ciervo que tiene las patas de bronce fino, no hace ruido y llega adonde está escondido el secreto. Esa luz de fuego de sus ojos es con la que quema el error cuando lo mira, esto es parte de la simbología del libro. Siguiendo con el tema la pregunta sería: ¿quiénes no quieren que los niños vayan a Jesús? Tiene que ver con la culpa, en especial con la culpa sexual que imparte la Iglesia; que influye en los niños, en la humanidad cuando es niña. En la Carta IV se habla de una mujer, Jezabel, figura que muestra cómo se roba a la humanidad la libertad, la felicidad sexual de las bodas. En el capítulo II se dice "el cuerpo es más que el Hermano Asno" -según San Francisco-; "es más que nuestro compañero, es el objeto de trascendencia, es la materia sacramental. Si en lo sagrado se lo calla, ¿qué se consagra?."

Reducir el amor humano a materia penitencial, en el secreto del confesionario, es una forma de la avaricia de Jezabel". Dicho de otra manera, aún hoy la Iglesia tiene el manejo de esa culpa sexualista, lo que implica un dominio de las vidas, de las almas. Soy una convencida de que si el Papado reconociera la posibilidad de elegir entre una castidad ofrecida y la libertad sexual se ganaría mucho en el plano de la libertad humana. Yo hablo de que Judas compró la sangre de Cristo por treinta monedas y que en el confesionario, con la inocencia del niño, se compra una cama para el sacerdote. En las bodas, por ejemplo, se habla de los deberes, pero no se menciona la felicidad sexual de las parejas. Sigue siendo objeto de culpa la unidad sagrada del hombre y la mujer, la Iglesia así lo considera, es terrible eso.

De todas maneras, se reencuentre o no la Iglesia con su pueblo, yo creo que la humanidad así ciega no puede seguir. Como digo en el prólogo, el hombre tiene por primera vez en la historia la opción de destruir, o no, el mundo. Es necesario que haya una institución, que podría ser la iglesia transformada, que le diga a la humanidad que hay algo más que la ciencia, algo más que reivindique la trascendencia de la vida, la dignidad de la existencia, la divinización de la tierra, ¡cómo nos hemos olvidado de eso!

2. *Experiencia del hacer poético*

Cuando leí a San Juan vi que con el *Cántico espiritual* se le hacía como un favor a la humanidad revelando el secreto de esa poesía, de "ese saber no sabiendo a toda ciencia trascendiendo". Nadie puede avanzar en poesía si no sabe mucho, si no tiene la experiencia. Por más inspiración, intuición, sin el trabajo de orfebrería del oficio, la poesía no existe, necesita de un artista, evidentemente. Pero cuando se agota ese camino y te quedás como manso, en silencio, como esperando, entonces es como si eso que no sabés viniera a vos, y decís las cosas desconocidas. Es como la imagen de los músicos en uno de mis escritos donde se invierte el movimiento creador. Allí los instrumentos de una orquesta, latiendo al máximo posible de tensión expresiva, llegan al silencio. Entonces la música viene a ellos, que ya no son quienes hacen la música sino que ésta es la que llega a ellos; así los músicos empiezan a ignorar lo que hacen. ¿Cómo te diré?. Cuando el poeta tiene una proyección de que lo que hace excede a la poesía misma, entonces debe estar atento a eso, debe ser como el portero, o como el guía de su propia experiencia interior. Los griegos les llamaban musas. Algo que está más allá de la inteligencia. Henri Bergson dice que por la intuición el hombre conoce lo absoluto. San Pablo habla de la verdad evidente, a la que si llegás profundamente no tiene que ser defendida ni atacada. Está ahí, y es como una luz prendida sobre la mesa. Pienso que al poeta, igual que al ciervo, le salen llamas de los ojos, que van consumiendo los alrededores de la cosa. Como pensaba Rimbaud, la poesía es una alucinación de las cosas eternas, es como abrir una ventana y quedar frente a lo eterno. No hay poeta que no se desvele por dar su obra, aún a riesgo de caer en la locura, o vivir un destino extraño y sentirse aislado. Yo digo que viene una ola y la corona la espuma, y viene otra ola y otra hasta que llega una ola grandísima más coronada de espuma que otras. Así es, viene, así llegué a un poema dedicado a mi amistad con Jules Supervielle, que se llama *Sueño*. Allí

se dice: "cuando me llaman, / mi nombre tarda siglos en llegar. / Las cabras de mi nombre no me encuentran. / -De silencio es el nombre de todo-." Y al final termina "-El día es una carta para mí- / Vendrá la muerte enérgica / y cederá la puerta." A él le gustaba mucho y me lo hacía decir cien veces. La relación con él fue preciosa. Viene un día a casa el psiquiatra Cáceres (el marido de Esther de Cáceres¹) y me dice: "Vamos a ver a Supervielle" -él se había exiliado en Carrasco² en los años posteriores a la guerra-, "¿yo?", le digo, "¡apenas sé hablar en francés y tengo tres poemas!". "Vamos... usted lo va a alegrar", insistió. "Bueno, si lo voy a alegrar voy", y fui. Allí estaba aquel monstruo sagrado con sus manos larguísimas y esa bondad extraordinaria. Se paseaba entre los árboles gigantescos. Yo era muy joven, tenía 23 años, él ya era viejito y a veces se sentía muy mal. El acá no vino como los europeos "a civilizar", sino a buscar un rincón caluroso lejos de su patria. Me acuerdo que lo alojaba a Felisberto Hernández cuando no tenía ropa ni comida, en una especie de galponcito, y le decía "Usted hasta que no termine *El caballo perdido* de acá no se mueve". En realidad estaba horrorizado de que nadie se diera cuenta del talento que tenía Felisberto. Una vez declaró a *L'Observateur*: "estoy aquí con Orfila Bardesio y Felisberto Hernández". Y era que estaba con nuestros libros. Él siempre quiso llevarme, quiso prologarme un libro incluso, pero nunca se lo acepté.

3. La entrañable poesía de las mujeres, y sus vidas.

Bebí mucho en Delmira [Agustini] y en María Eugenia [Vaz Ferreira], en Juana [de Ibarbourou], mucho menos. Pienso que hay un aspecto existencial, que no digo sea dominio de la mujer, pero en donde entra muchísimo la intuición de lo femenino, que se anda más por las entrañas que por la inteligencia. Cuando digo que "soy la seda de las cosas" pienso en eso y en el auténtico interés por la libertad y por la realización humana, que quizás está vinculado a la maternidad. Esas dos mujeres mostraron, a principios de siglo, las grandes trabas para la felicidad sexual. Siempre me pregunté ¿por qué no tuvieron ellas, con esa inteligencia y capacidad fabulosa para vivir, la felicidad de poder darse? Obsesionada por eso escribí el libro *El ciervo radiante*, mi compromiso era: "yo escribiré el libro de la felicidad del placer sexual". En un verso digo: "Porque la cara del amor cantó mi cara". El hecho es que es un fenómeno que en este pequeño territorio haya habido tantas mujeres poetas. Y los debe tener un poco apabullados a los hombres tanta gentileza de las musas con las mujeres. Como decía la Garbo, "es una maldición que no le deseo a nadie", la del compartir la vida con mujeres tan agraciadas, ¿no?. Cuando vino de Europa Susana Soca, yo había escrito *La flor del llanto*, un manuscrito al que no daba mucha importancia. No lo había trabajado, estaba tal como me salió. Un día a mi marido se le ocurrió publicarlo, de sorpresa, para mi cumpleaños. Se lo llevé a Susana y me dijo: "Orfila, a los místicos les llevó años decir lo que dijeron, y usted me dice que esto lo escribió en una semana". Comentó que yo era una mística; yo dije: "está completamente loca", a mí me encanta la vida, la sensualidad de las cosas, qué voy a ser una mística. Después aprendí la sensualidad fabulosa que hay en *El cantar de los cantares*, en Sor Juana. Y valoro cada vez más la sensualidad. Por ese camino entro. El trabajo de los sentidos es como

una puerta por la que se accede a otros mundos, vas abriendo esas perspectivas misteriosas también a los que te leen. Al respecto de esto, Cáceres siempre decía que me veía sola, "sí, sí, sola con su Dios". Él a veces venía y se sentaba cerca del aljibe, allá en Treinta y Tres, donde vivíamos y yo le contaba lo que me pasaba. "Yo creo, yo creo, contame", me decía. Sin ese ángel no sé si hubiera podido seguir...

En *El sentimiento trágico de la vida* Unamuno dice que el hombre se engaña con el sueño de la inmortalidad, que es el hambre esencial que tenemos. Uno piensa ¿cómo puede ser que esa hambre tan esencial no sea saciada? Si yo quiero alimentar mi cuerpo, tengo lo que apetezco y se sacia el hambre física ¿cómo ese Dios va a ser tan demente de negarse a saciarme el hambre del alma? También recuerdo una sentencia de Albert Einstein, que dijo: "Dios es listo pero no travieso", me quedo con eso.

Montevideo, mayo de 1995.

NOTAS:

¹ La autora nombra a varios escritores uruguayos, si bien relevantes en el país, sólo F. Hernández cuenta en la actualidad con un creciente reconocimiento internacional. A excepción del célebre poeta, narrador y dramaturgo franco-uruguayo Jules Supervielle (Montevideo, 1884 - París, 1960), los autores aparecen citados por este orden:

- Esther de Cáceres (1903-1971), poeta y ensayista.
- Felisberto Hernández (1902-1963), narrador.
- DeÍmira Agustini (1886-1914), poeta.
- María Eugenia Vaz Ferreira (1874-1924), poeta.
- Juana de Ibarbourou (1892-1979), poeta y narradora.
- Susana Soca (1907-1959), poeta.

² Barrio de la costa montevideana.

³ Departamento (*provincia*) del interior de Uruguay.

En las ediciones de sus libros, en reseñas periodísticas, en la misma entrevista que incluimos en este número, la poeta uruguaya **ORFILA BARDESIO** menciona, vincula su labor con la orientación y la mirada crítica de Jules Supervielle. Él ha sabido concretar en un par de líneas una descripción certera de vocablos y rasgo afines a nuestra autora: *"Hay palabras como leopardo, cordero, cisne, que serán asociadas para siempre a su nombre de poeta, de gran poeta. Ascenden a la superficie de sus versos y allí se fijan sin perder levedad."* Sensación de levedad, sí, pero también de energía subterránea, de impulso telúrico que anima rítmicamente los contornos de los versos, dotándolos de una luz natural, honda y vitalista. *"Poeta de apasionada intuición de la vida"*, subrayaba el crítico y ensayista compatriota Alberto Zum Felde ante los primeros libros de Orfila. Como buena perseguidora de esencias, ella ha logrado combinar un vocabulario donde aparecen con frecuencia los nombres de los cuatro elementos, comunes denominadores de un espacio en el que habitan las voces y el silencio, los animales y las fases humanas, las sagradas dimensiones de los árboles y plantas, y con mayúsculas: **Movimiento, Música, Misterio, Memoria y Olvido.** Se habla de misticismo en muchos momentos de la poesía de Orfila Bardesio, y tal vez la poeta fomenta este calificativo enumerando estrellas y cielos, reyes y coronaciones, alturas y sacrificios, en situaciones de innegable aliento espiritual. Lo más importante es que fusiona el eterno anhelo de trascendencia con un lirismo que no descuida la materia, que se apoya en ella otorgándole nuevas resonancias, revalorizando las raíces de toda presencia, apostando por su salvadora elevación. Luis Bravo, poeta uruguayo que próximamente estará en esta serie, nos adelanta un retrato de Orfila (entrevista inédita cuando la publicamos) que complementa con eficacia el perfil de esta valiosa creadora. Destacamos la publicación de la **Antología poética** (indicada al comienzo de dicho reportaje), donde la propia autora ha seleccionado textos de su larga trayectoria. Anteriormente se habían editado en Montevideo, descontando el temprano título **La muerte de la luna** (Buenos Aires, 1942), los siguientes libros: **Poema** (1946), la trilogía **Uno**: Libro Primero (1955), Libro Segundo (1959), Libro Tercero (1971), -las cuatro obras recibieron otros tantos Premios del Ministerio de Cultura-, **Canción** (1970), **Juego** (1972), **La flor del llanto** (1973) y **El ciervo radiante** (1984). Este último y **Poema** obtuvieron el Primer Premio del Municipio de Montevideo. Textos de Bardesio han sido publicados en **Alfar, Entregas de la Licorne, Índice, La Nación, Marcha** y otras revistas y periódicos de Uruguay y América Latina.

Colección **LAS HOJAS DEL DILUVIO** / 8

Dirección: Héctor Rosales

(c) Orfila Bardesio
(c) Rosales editor

Gran Vía, 592, entlo.
08007 Barcelona
(España)

PRINTED IN SPAIN
DERECHOS RESERVADOS